

ROMANOS DE AQUÍ

IV. Los cordobeses

“Os contaremos de Cordova, que es madre de las cibdades (...) et los que la fiçieron, fundáronla por el firmamiento de las estrellas: assi como Ercoles vio que era mejor, bastecióla de todas las bondades”.

Ahmad ibn Muhammad al-Razi, siglo X

**“Jaca negra, luna grande,
y aceitunas en mi alforja.**

**Aunque sepa los caminos
yo nunca llegaré a Córdoba”.**

Federico García Lorca, siglo XX

A Córdoba hay que llegar y hay que quedarse, a lomo de Jaca o de AVE, porque es una de las estrellas de nuestro firmamento de municipios. Fundada en el siglo II a.C. fue capital de la Hispania Ulterior y después de la Bética, pero hoy es la ciudad que más rincones “Patrimonio de la Humanidad” alberga en el mundo, sin contar con que ella misma, o su centro histórico fue declarada con ese título y reconocimiento mundial, otorgado por la UNESCO para que todo el mundo lo sepa y conozca.

Casi no se dice que Córdoba fue nuestra última ciudad importante romana. Cuando ya apenas existía el imperio de occidente, resistió a los bárbaros y a los visigodos durante más de 150 años e incluso formó parte del imperio romano de oriente o bizantino, antes de ser conquistada finalmente por Leovigildo en el 572, solo 139 años antes de la batalla de Guadalete y del comienzo de la historia andalusí de España. La provincia romana (del imperio oriental, bizantino) de Spania duró hasta el 624, con lo que la presencia romana, si contamos desde el 218 a.C. se extendió durante más de 10 siglos, del 3º antes de Cristo al séptimo de nuestra era. Lo digo para cuando te hablen, que lo harán querido lector, de la influencia mora en nuestra cultura.

A los visigodos en Córdoba, prácticamente solo les dio tiempo a construir una basílica, la de San Vicente, inaugurada en tiempos de Recaredo y según la leyenda, construida sobre un antiguo templo romano dedicado al sol. Hoy en el mismo sitio se alza la gran Mezquita y en ella, la Catedral.

El pasado andalusí casi ha eclipsado el gran pasado romano de la ciudad, que a veces, por desidia oficial, yace semienterrado o semi-excavado, como es el caso del llamado “Complejo Palatino de Maximiano Hercúleo” que posiblemente sea un palacio de ese emperador que reinó del 285 al 305, aunque hay quien ve en su planta un complejo paleocristiano, posiblemente relacionado con el obispo Osio.

Pues este yacimiento, situado junto a la estación del Ave, yace sin que continúe su estudio ni su excavación, que cada año se anuncia y cada año se retrasa. Esperamos que pronto sea parte de la amplia nómina de monumentos visitables de la preciosa y romana Colonia Patricia Corduba.

La ciudad fue fundada (171 o 169 a.C.) por el entonces pretor Marco Claudio Marcelo, seguramente en el mismo sitio de una ciudad turdetana anterior. Este Marco Claudio Marcelo es el tatatarabuleo de otro Cónsul del mismo nombre que casó con Octavia, hermana de Augusto, a pesar de ser del partido contrario a César. El hijo de este se casó con Julia, hija de Augusto y en su nombre se construyó el Teatro Marcelo de Roma, el segundo en número de localidades del imperio con, posiblemente, 20.000 asientos. El teatro romano de Córdoba era también, según algunas fuentes, el más grande de Hispania y en él se podían sentar 15.000 romanos cordobeses. Parte de sus restos se conservan, curiosamente, bajo el edificio del Museo arqueológico de la ciudad y son en parte, visitables.

Más a la luz están las gallardas columnas del llamado templo romano, en la calle Claudio Marcelo, posiblemente construido en tiempos del emperador Claudio (el de la serie). Cerca se hallaba el circo, seguramente monumental, del que queda si acaso, el recuerdo. Salvo cuando venga por aquí el “del Sol”.

Por otra parte, el anfiteatro romano de Córdoba, dicen que fue el tercero más grande del mundo. Hoy sus restos se hallan bajo el edificio del Rectorado de la Universidad de Córdoba (antigua facultad de Veterinaria). Hasta 2002 se desconocía su ubicación. Eso es lo que hemos preservado nuestro pasado romano. Se sabe que el edificio fue abandonado en el siglo IV, convirtiéndose sus sillares en cantera.

La ciudad era refrescada por tres acueductos, el primero de época de Augusto y el último realizado entre los siglos II o III de nuestra era. Fuentes y alcantarillado no faltaban en nuestra Corduba. Faltan por aparecer termas y otros edificios, pero el monumento romano más importante de Córdoba, está a la vista de todos y a pesar de todas sus “restauraciones”, sigue siendo... el puente Romano. Uno de los más largos de su época, sus arcos cruzan alegres sobre el Guadalquivir desde hace tanto tiempo que no podríamos imaginarnos el río sin este anillo. Este puente romano fue durante XX siglos simplemente, “el puente” ya que no se construyó otro sobre este cauce ¡hasta 1953!. El que corona el río es de la época de Augusto, Mide más de 330 metros y demuestra lo bien que se construía en tiempos de nuestros abuelos romanos, aunque ha sido, obviamente, remodelado varias veces. Posiblemente sea parte del recorrido de la Vía Augusta que ya mencionamos al hablar de Cádiz y que iba hasta Roma (como todos los caminos). Hace poco, sus arcos se han puesto de moda en todo el mundo, ya que ha sido escenario de un capítulo de “Juego de Tronos”, en el papel de puente de “Volantis” (Quinta temporada, me dicen).

En general, el patrimonio romano de Córdoba muestra una necesaria recuperación y puesta en valor. Zonas como el Complejo Palatino o el Anfiteatro, están prácticamente en estado de abandono y estoy seguro que podrían aportar variedad al ya riquísimo patrimonio cordobés. Hay que reforzar el carácter romano de la ciudad, y recordar que fue romana 741 años (169 a.C. -572 d.C.) y musulmana “solo” 520 años (716-1236). 221 años menos. Realmente ha sido más tiempo romana o musulmana que cristiana... de sus 2192 años de Historia, solo 931 han pasado sin que el Águila o el Corán gobernaran sus calles gloriosas. Parece como que se considerara bastante al patrimonio del que ya se disfruta, cuando la ciudad podría ser muchísimo más rica e importante en el mapa mundial, por ser única en vestigios de tres culturas. También políticamente ha interesado más reforzar y publicitar su pasado musulmán que el romano, cuando la suma de todo es mejor que cada una de sus partes. Espero que pronto Roma brille de nuevo aquí, como nos merecemos.

Durante la transición y desde entonces se ha reforzado mucho el carácter andalusí de ciudades como Córdoba o Granada, carácter y pasado innegable y magnífico que las ennoblece y adorna, pero que no puede crecer hasta ocultar que nuestra cultura no depende del Corán, sino del Derecho romano y que es lo romano lo que nos une a todos los habitantes de la piel de toro y de la ecúmene romana, lo “romano” es lo que hay que recuperar y potenciar para seguir haciendo crecer nuestras democracias y el concepto de ciudadano. La Mezquita es una maravilla del mundo, pero ya la vemos. Lo que hay que desenterrar es Roma. Por ello es necesario el estudio y continuación de los trabajos de recuperación de la Córdoba romana y de su historia.

A diferencia de Cádiz o Itálica, Corduba no se mantuvo fiel a Julio César, sino a Pompeyo, razón por la que César la asedió dos veces y finalmente la asaltó y pasó por la plancha de arrasar ciudades tras la batalla de Munda en el 45 a.C.

Se comenta que en ese asalto y saqueo, murieron unos 22.000 cordobeses, cerca de la mitad de la población total de entonces. No tardó de todas formas nuestra ciudad en recuperarse, porque para el 27 a.C. ya fue nombrada por Augusto, heredero de César, capital de la provincia Bética. Poco a poco se construyó el primer acueducto, el teatro, el anfiteatro... y nuestra Córdoba, se convirtió en un espejo de Roma, como todas las ciudades importantes del imperio.

De Cayo Julio César, destructor de la antigua Córdoba, se cuenta una anécdota, basada o corroborada en un epigrama de Marcial, anécdota que nos habla del joven César que visitó Córdoba en el 65 a.C. cuando solo era Cuestor:

“En tierras tartesas hay una casa celeberrima, allá donde la Córdoba ventosa se mira en el plácido río, en medio y abarcando toda la morada, se alza el plátano de César, de espesa cabellera, que la diestra feliz del huésped invicto plantó, comenzando su tronco a crecer desde su mano. ¡Oh, árbol del gran César! ¡Oh, amado de los dioses! No temas el hierro ni el fuego sacrílego”.

En el epigrama se nos habla de un Platano de sombra, un árbol mágico vinculado con las victorias militares. Tal vez Julio, tras asaltar la ciudad, vino a agradecer al espíritu del árbol, la victoria total obtenida 20 años después, sobre todos sus enemigos.

El árbol creció frondoso y durante la época imperial se suponía que algo del espíritu del dios César se mantenía entre sus raíces, por lo que cuentan que era regado incluso con vino y que la gente venía a rezarle y pedirle favores. Los siglos hicieron desaparecer ese árbol, pero hoy, en los alcázares de los reyes cristianos en Córdoba, casi al fondo de sus jardines, junto a un pequeño estanque con mosaicos en el fondo, se halla un imponente plátano de sombra que brinda generoso su sombra a quien por allí pase. En la pared de los jardines, una placa reproduce los versos de Marcial. A lo mejor no es el mismo retoño que plantó el gran César, pero me gusta creer que sí que descende de ese árbol sagrado. A su sombra puedes sentarte junto a Julio.

Con los años, Córdoba creció y dio familias que fueron influyentes no solo en su ciudad sino en todo el imperio. Por orden de antigüedad, Seneca padre es el primero que sale en mi lista. No está claro si se llamaba Marco o Lucio Anneo Séneca y además de padre del filósofo Séneca y de Lucio Junio Galio, es tío abuelo de Lucano y creo que tatarabuelo o bisabuelo de Marco Annio Vero, el hispano tres veces Cónsul del que hablamos en el capítulo anterior. Una progenie de la que sentirse orgulloso.

Dejando a un lado su Praenomen, tampoco sabemos muy bien ni cuándo nació ni la fecha de su muerte, que suponemos ocurrió siendo él muy anciano, muy posiblemente en el 39 de nuestra era. Para que te hagas una idea, querido lector, 1.900 años antes del final de nuestra guerra civil. Hace mucho, mucho tiempo. Un porrón. Sabemos que de joven se fue con su amigo Publio Latrón, también cordobés, a Roma, siguiendo cualquier camino, para asistir como alumno del entonces famoso RetorMérulo. En el 15 a.C. regresa a su Corduba natal donde se casó como no puede ser de otra manera, con una cordobesa: Helvia de Córdoba. Pasados los años, toda la familia se mudó a Roma, en donde echaron raíces. Séneca pertenecía al rango ecuestre, es decir, era caballero y por lo tanto, de clase alta, pero no fue Senador, lo que le habría obligado a dejar sus negocios, ya que los senadores solo podían obtener beneficios de “sus tierras”.

Un detalle que nos lo hace más humano es que estando Séneca en uno de sus viajes, le llegó a Helvia la noticia del fallecimiento de su Séneca y ninguno de sus hijos se encontraba tampoco en Roma para acompañar a su madre, motivo por el que todos los retoños se lamentaron doblemente, como lo haríamos cualquiera de nosotros, del paso del padre a mejor vida. Lucio incluso escribió un libro para intentar consolar a su madre.

Séneca padre fue un gran hombre y un gran retórico. Opinaba que la elocuencia “es un arte honorable, capaz de preparar al individuo para cualquier parcela intelectual a que decida dedicarse en el futuro”.

Y su elocuencia le llevó a escribir entre otras cosas, una Historia de Roma desde las guerras civiles, que por desgracia no nos ha llegado y las famosas “Controversias” que son como un “master de retórica” en el que se analizan casos judiciales ficticios, desde las dos posturas contrarias y opuestas. A estas controversias se añade un libro sobre discursos persuasivos. Esta gran obra, escrita originalmente a petición de sus hijos, no nos ha

llegado completa, pero su influencia en toda la oratoria mundial e incluso en la propaganda política moderna, es incuestionable.

Algunas de sus “controversias” fueron incluidas más de mil cuatrocientos años más tarde, en el libro *Gesta Romanorum*, impreso por primera vez en 1470 y que fue un libro “bestseller” en su época, que incluía un refrito de los escritos más populares de los antiguos romanos. Este libro se considera fuente primaria de muchos de los escritos de algunos escritores: Giovanni Boccaccio, Geoffrey Chaucer, William Shakespeare e incluso de Miguel de Cervantes. Ahí es nada. Y resulta que el Séneca famoso no este, que es su hijo. Este “solo” influyó en los autores más importantes de la Historia en Francés, Italiano, Inglés o Español...

La totalidad de su obra, titulada realmente: *Oratorum et Rhetorum Sententiae Divisiones Colores*, compone el estudio más importante que se conserva sobre la historia de la oratoria. Francisco de Quevedo la tradujo del latín y se quejaba en el prólogo de su “*Vida de Marco Bruto*” (1644) que le habían sido embargadas cuando le encarcelaron en San Marcos de León y no se le habían devuelto. Este manuscrito de Quevedo con sus traducciones de Séneca el mayor, resulta que permanece perdido si bien afortunadamente creo que fue encontrada una copia en Palma de Mallorca, en el 2001.

A Séneca padre se le conoce como el eslabón que une la retórica de Cicerón con la de Quintiliano y compone con estos, el trío más importante de la retórica romana de toda la historia. Como sabes, querido lector, Quintiliano es también de Hispania, con lo que las dos terceras partes de la retórica romana y latina, está compuesta por dos señores bajitos de aquí. Romanos de Pro. Esto de la “retórica” nos queda como antiguo y huele a apollado, pero es un “arte” o técnica que resulta fundamental todavía en áreas muy muy modernas de nuestra sociedad de la comunicación, como en periodismo, la publicidad, política, derecho, ventas, etc. La retórica es como el arte de la persuasión a través de la palabra y por eso sigue siendo tan importante, aunque ahora no la estudiamos como tal. Aristóteles la definió así:

“La Retórica es la facultad de considerar en cada caso lo que sirve para persuadir”.

Piensa, querido lector, cuantas veces te es necesario persuadir a alguien de algo, cada día o cuantas veces al día pretenden persuadirte a ti de algo y te darás cuenta de lo importante que es esta técnica, todavía hoy y si no, que se lo pregunten a los asesores de los políticos de turno de todo el mundo mundial. Ya hablaremos más de esto cuando Quintiliano.

Séneca padre, además de ser padre del famoso filósofo Lucio Anneo Séneca, del que enseguida vamos a hablar, fue también progenitor de Lucio Anneo Novato, su primogénito, que a la muerte de Séneca fue adoptado por su amigo y Senador Junio Galión, por lo que cambió su nombre al de su familia de adopción: Lucio Junio Galión. Lucio Junio accedió al Senado y fue procónsul de Acaya (actual Grecia) con base en Corinto y también fue Cónsul en el año 67, pero por lo que lo menciono aquí es porque resulta que es el único hispano mencionado con su nombre en la Biblia.